

La memoria

*Andrés Araujo Izquierdo**

“**W**e’re going home, you better believe it”. Goodbye. Así cierra *Two of Us*, primera canción del último álbum publicado por Los Beatles. No me trago aquello de tener que ponerles el “The”. Son los Beatles; mis Beatles. Tardé en comprender el por qué de una frase tan nostálgica, recitada por Paul McCartney en voz baja y dulce, y encargada de cerrar una canción francamente melancólica. Llena de recuerdos. Escribió Manuel Jabois que recordar es volver al pasado al tiempo que te acercas a la muerte. Así transitaban los Beatles su vuelta a casa: su vuelta al *rock and roll*. Un retorno complicado tras logros experimentales del calibre de *Strawberry Fields Forever* o todo el *Sargento Pimienta*. Volvieron al género que los vio nacer a través de *Maggie Mae* —aquella canción que constituyó la incursión de Lennon a un género tan desafiante y retorcido en la década de 1960, al escucharla en voz de su madre—, *One After 909*, *For You Blue* y que explota con *Get Back*. “Get back to where you once belonged”. Entiendo que fue un accidente que *Let it Be* saliera al mercado tras *Abbey Road* —verdadero cerrojazo a la beatlemania con aquel “in the end, the love you take is equal to the love you make”—, pero me gusta más. Siempre he preferido el retorno en detrimento del final. Le temo a las alturas, a los payasos y a la muerte.

* Estudiante de Comunicación Social en la UAM-Xochimilco. Fanático de las causas perdidas. Usa playeras de *Taxi driver*, *Breaking bad* y *Torombolo* [atm_caz@hotmail.com].

También temo perder la memoria, olvidé enumerarlo en el párrafo anterior. Descubrir aquello es lo que me trajo a escribir todo esto. No es que yo sea un saco de anécdotas capaz de entretener a todos los nietos que no quisiera tener, pero supongo que habrá sucesos que me constituyen, me hacen lo que hoy soy –o, al menos, lo que pienso que soy. No soy alguien que crea en las cosas premeditadas; ser *sabinesco* me ha llevado a que cuando me hablen del destino yo cambie de conversación. Creo en el error, creo en las decisiones impulsivas que llevan forma de tobogán, creo que perder no significa ganar en ningún caso y que el cierre de una puerta no abre otra. Creo en las cosas que he dicho y hecho como vehículo a que ahora esté yo escribiendo esto, con un dolor de cabeza infernal y la boca seca. Somos lo que somos, y perder la memoria probablemente sería dejar de serlo; desaparecer las migas que regamos por el camino.

Intentaré dilucidar cómo llegué a esto –aprovechando, por supuesto, que aún gozo de la capacidad para recordar. De pronto a uno le entran esas cosas que se empeñan en denominarnos como “crisis de la edad”; es normal, oye, tú tranquilo. Intenté recapitular qué caminos me han traído a donde estoy, qué tan cierto es aquello del *efecto mariposa* –¿de verdad el hecho de que un japonés haya decidido no ir a trabajar habrá tenido influencia en que mi última novia me dejase?– y a qué oscuro cantante de mi *playlist* puedo catalogar como culpable de mi creciente nihilismo –digo *nihilismo* porque siempre me ha sonado mejor que *valemadrismo*, ya saben lo que dice El Gran Lebowski.

Cuando Elena me dejó, sólo me quedó la voz de Bob Dylan retumbando en las paredes por días; agrietando los muros y mi vida. Tenía que descubrir qué demonios había sucedido conmigo en ese *durante* al que ella concluyó colgándole la etiqueta de *pérdida de tiempo*. Oye, chica, tiempo perdemos siempre; Jabois le preguntó a Sabina alguna vez si estaba perdiendo algo, y éste le contestó que cómo no, si ahí mismo estaba perdiendo una hora, luego perdería un día y posteriormente dos. Cito: “se pierden incluso las cosas fundamentales, como las ganas de. Yo no soy nostálgico, pero tengo memoria, y el tiempo que se pierde quizá sea el mejor material poético”. Yo no le quitaría una coma. Ay, la memoria; la memoria y la pérdida de tiempo. Me gustaría pensar que Elena, con *pérdida de tiempo* se refería a que

le di suficiente material poético, pero no. Ella no lo ve con las mismas gafas, siempre fue más de Bisbal que de Sabina.

Sí, soy otro tarado que aprovecha una ruptura amorosa para encontrarle el sentido a la vida, pero quizá lo que me separa de aquellos que culminan el ciclo pidiéndole consejos a Google es haberme dado cuenta de que Elena sigue ahí, en mi memoria. Quizá es ahora mismo la razón por la que me asusta perderla. Entiendo que los Beatles desearan volver a los cimientos del monstruoso híbrido en el que se convirtieron, con enésimas etapas musicales en tan sólo diez años, pero yo no quería hacerlo. Mientras los Beatles fueron la explosión del *rock and roll* con *Please, Please Me*, yo fui un ridículo que se montó en la primera fila del Auditorio Nacional fingiendo que no le dolían el codo y el alma tras haber cambiado la hipoteca por dos boletos para ver a Enrique Iglesias. Mientras John Lennon enamoraba a cualquiera en *Help!*, tumbado en la cama y cantando, yo salía a cenar comida china el día que pasaban el final de temporada de mi serie favorita. Bueno, no era tan así; no era yo todo el tiempo quien se sacrificaba, pero me gusta recordarme así, como mártir. A todos nos gusta, ¿no?... es una suerte de exculpación.

En fin, lo importante aquí es mi pavor por olvidar. Ahora recuerdo –vamos, todavía– la última vez que lloré en una sala de cine, y fue justamente atestiguando cómo Julianne Moore iba perdiendo la memoria ante la mirada impasible de Alec Baldwin. No es que yo sea una roca; soy como Jorge Valdano, que alguna vez en cadena nacional confesó que a él le ponen en pantalla dibujos animados y es capaz de desatar un nuevo diluvio universal, pero quizá desde entonces y sin avisar, *olvidar* se convirtió en mi más grande fobia.

Viene a mi mente la voz de mi padre cantando cada domingo que la nave del olvido no ha partido y no es debido condenar al naufragio lo vivido. Aún. Aún, porque el olvido nos alcanza, tarde o temprano. Yo, que viví mi gran momento de rebeldía estudiantil cuando descubrí a Pink Floyd y me prohibía salir de la cama sin escuchar *Start Me Up*, de los Stones. Yo, con una infancia que transcurrió entre *soundtracks* de *Tarzán* y *El Rey León* –único acercamiento serio que tuve a los mundos de Phil Collins y Elton John, lamento aceptar–, y una adolescencia que transpiró la música de una banda que, en cuanto cumplí veinte años, no volvió a ser la misma. Yo, con George Harrison como beatle

favorito porque fue el único que me dijo que todas las tragedias habidas y por haber iban a suceder, y luego se iban a ir *—all things must pass—*, mientras Lennon imaginaba, Paul huía con su *otra* banda y Ringo tomaba fotografías. Yo, que en la música encontré un refugio por encima de un distractor, sé que algún día lo voy a perder todo. Algún día se va a vaciar el cajón, esté yo consciente o no. Incluso puede ocurrir sin que yo sepa si estoy despierto o solamente tengo los ojos abiertos, diría Calamaro.

Todo se va. El amanecer no dura toda la mañana, y una tormenta no dura todo el día. Gracias, George. El día que vacíen mi cajón habrá terminado mi versión del camino que tan bien trazó Jabois: habré dejado de volver al pasado, y habré roto mi frontera con la muerte.